

LOS GRANDES OLVIDADOS

David Gómez Martínez

Silencio. No escucho más que su estruendo en este tenebroso zulo. A mi alrededor, cuatro paredes me encierran. Nada de luz, solo las sombras danzan junto a mí. Hace tiempo que dejé de distinguir el día y la noche. Para mí, nunca sale el sol. No existe noción del tiempo en esta pesadilla. Todo es un continuo presente que no parece tener final. Aunque solo tendría que coger esa cuerda de la esquina, colgarla sobre la única bombilla que da un rayo de luz a la habitación y tirar. Sería tan fácil terminar con esto de una, pero no lo voy a hacer. Me han pegado, me han violado, me han forzado a trabajar en condiciones miserables... y sin embargo, la peor tortura es mi propia soledad.

Dudo que alguien pueda leer estas líneas algún día y si tendré tiempo de acabarlas. A fin de cuentas, nadie se ha acordado de nosotras en estos dos años. Nadie, excepto mi familia. Algo me dice que mi marido y mi hijo todavía viven. Guardo la esperanza de poder encontrarlos algún día. Se lo pido a Dios, a mi Dios, todas las veces que puedo irme a conciliar un poco el sueño. En estos tres años de secuestro, no he dejado de perder mi fe. He leído el Corán, he rezado suras y aleyas junto a los milicianos, pero sigo siendo una católica fehaciente. De

hecho, mi amor a Dios es lo que me permite soportar este dolor que llevo a mis espaldas. Quiero pensar que el destino me reserva lo mejor del reino celestial.

Todo comenzó dos años atrás. Era septiembre del 2014. Yo vivía en Kangarwa, cerca de Baga, en el estado nigeriano de Borno. Nuestra vida en la aldea era precaria, pero feliz. Bitrus se dedicaba a la agricultura para poder alimentar a nuestros dos hijos, de siete y tres años, respectivamente. Yo, que había estudiado un poco en mi infancia, acudía al mercado todas las mañanas para vender fruta y conseguir el dinero necesario para mantener a mi propia familia, de siete hermanos. El día a día no era sencillo en Kangarwa, pero nos habíamos acostumbrado a vivir con poco. Al fin y al cabo, siempre fue así. Pero no necesitábamos más. La paz en nuestro poblado siempre fue absoluta. A partir de 2011, la situación se empezó a complicar. El gobierno alertaba de que, en cuatro estados del norte del país, se había decretado el estado de emergencia. Uno de ellos era Borno. Allí había irrumpido con fuerza un grupo terrorista de ideología yihadista cuyo nombre aterrorizaría a todos los vecinos del lugar: Boko Haram. Pese a que el grupo había sido fundado en 2002 por Ustaz Mohammed Yusuf, su actividad no fue una amenaza hasta finales de 2011. A partir de ahí, los atentados empezaron a estar a la orden del día. Al año siguiente, el gobierno de nuestro presidente, Goodluck Jonathan, decretó el toque de queda. La masacre no había hecho más que comenzar.

La primera amenaza a Kangarwa llegó en 2013. El 13 de septiembre, los milicianos entraron en el poblado y tendieron una emboscada a los soldados del ejército nigeriano que patrullaban por aquí ante la amenaza yihadista. Varias casas fueron incendiadas, incluida la nuestra, pero logramos escapar. Mi hermana Asabe fue secuestrada. Nunca más volví a saber de ella. El pánico se iba apoderando de nosotros a cada ataque, a cada secuestro. Ya no eran atentados, sino asaltos y saqueos que acababan con ejecuciones y detenciones. Ya no querían sembrar el caos, sino controlar el territorio e imponer la sharía en nuestro día a día. Su líder, Abubakar Shekau,

había decidido adherirse al Estado Islámico que crecía entre las cenizas de Irak y Siria a pasos agigantados. Al sur, la mayoría de población cristiana lograba articular una resistencia feroz contra los milicianos. Los católicos del norte, sin embargo, estábamos desamparados. No teníamos dónde ir, pues todo lo que poseíamos eran nuestras pequeñas tierras para subsistir. Estábamos vendidos a nuestra suerte.

Un suceso dramático en abril de 2014 vaticinó lo que a mí y a mi familia nos ocurriría. El día 14, en un colegio de chicas de Chibok, Borno, 276 niñas fueron secuestradas y esclavizadas por Boko Haram. Cuando la noticia llegó al poblado, nos echamos a temblar. Era cuestión de tiempo. Cuestión de meses, de días, de horas. Y así fue. En esa ya mencionada y fatídica fecha de septiembre de 2014, yo y mis dos hijos fuimos aprisionados por los milicianos de Boko Haram. Bitrus huyó para evitar ser ejecutado. Es un hombre valiente y autosuficiente. Estoy convencida de que, allá donde esté, sabe dónde estoy. Sé que vendrá a buscarme. Sé que encontraremos a mi hijo. Sí, lo sé. Estoy segura de ello. Dios me lo susurra. Yo lo escucho en mi desvelo.

Recordará el lector de estas líneas –si es que alguna vez alguien llega a leerlas– que, antes de ser secuestrada por los “soldados de Alá”, yo tenía dos hijos: Sam y Godfrey. No, no me he olvidado de mi pequeño “Goffi”. Pienso cada día en aquel instante, como si fuera ayer. Aunque, como ya dije, esta pesadilla no es más que una suerte de presente permanente, cíclico, incesante. Recuerdo ir en la parte trasera de aquel todoterreno negro teñido de aleyas en árabe. Éramos unas veinte personas, controladas por dos milicianos que portaban sus AK-47. “¿*Qué hacemos con los renacuajos*”, le oí preguntar a uno de ellos. “*Nos quedaremos con los más mayores para convertirlos y entrenarlos. Los otros son débiles, son cucarachas infieles. Ya pensaremos cómo matarlos*”.

Un terrible escalofrío recorrió mi cuerpo. Quise gritar y rescatar a mis hijos de su cruel final, pero estaba atada de pies y manos y cualquier palabra me costaría la ejecución. No podía hacer nada.

Llegamos al poblado de los milicianos, nos bajaron del coche una por una hasta formar una fila. Después hicieron lo mismo con los hijos. Los examinaron, los observaron y los dividieron en dos grupos. Sam cayó en uno, Godfrey en otro. El primer grupo fue llevado a una caseta donde serían entrenados y adoctrinados. El segundo caminó hasta las orillas de una pequeña laguna. Nosotras fuimos detrás de ellos. Pese a que había escuchado las palabras de los milicianos anteriormente, no podía imaginar que aquello podría ocurrir.

Algunos de los niños empezaron a ser fusilados. Uno por uno. Mis peores presagios se estaban haciendo realidad. Las madres gritaban, yo trataba de buscar una salida para mi hijo. Pero Godfrey empezó a llorar desconsolado. Los gritos y sollozos no dejaron lugar a la duda. Uno de los combatientes abofeteó a mi niño, lo agarró de los brazos y lo hundió en el agua. Quise rebelarme, correr a por él, pero uno de los soldados me pegó con su kalashnikov y me abrió una profunda brecha en la cabeza. Caí inconsciente mientras mi hijo moría ahogado. Cuando recuperé la consciencia, fue la primera vez que desperté en este agujero negro. Y delante, el cadáver de mi Godfrey. El olor de su cuerpo pudriéndose y la rabia que me invadía por dentro me descompusieron por completo.

Nada pudo evitar que no llorara aquel día, o noche, o lo que aquello fuera. Los gritos y los llantos sonaron tan fuerte que un miliciano acudió amenazante a callarme. De lo contrario, me matarían. Comprendí que, si quería salvar a Sam, tenía que permanecer con vida. Así que, no sin dificultad, me serené y me callé. Los primeros días de mi cautiverio los pasé sola, en silencio, con apenas trozos de pan que llevarme a la boca y rezando en memoria de mis dos pequeños. “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5:3). Me consuela saber que mi Godfrey estaba camino del reino de Dios. Su alma, pura y humilde, jamás fue contaminada por el relato de aquellos locos asesinos que hablaban “en nombre de Alá y del islam”. Y yo, como Godfrey, no estaba dispuesta a dar la espalda al Padre.

Mi primera visita se produjo varios días después. Varios milicianos entraron en la celda y empezaron a cuchichear en árabe. Al no entender nada, traté de mantener la calma. Pero el miedo seguía dominándome. De pronto, uno de los soldados me preguntó que si estaba dispuesta a abrazar el islam. Mi respuesta fue contundente: “no”. Insistieron varias veces, pero no di mi brazo a torcer. Viendo mi perseverancia, los diez milicianos que había fuera de la celda volvieron a susurrar palabras en otro idioma. Así, uno de ellos entró y me agarró por los brazos. Intenté resistirme, pero otro soldado entró y empezó a flagelarme con una fuerza devastadora. Al principio grité, pues mi dolor era indescriptible. Sin embargo, a cada latigazo, mi cuerpo empezaba a decir basta. Perdí la cuenta. Estaba completamente desmayada.

Sin fuerza alguna, sentí cómo me quitaban la ropa hasta dejarme completamente desnuda. Incapaz de oponer resistencia alguna, noté por detrás a uno de los milicianos besándome por el cuello y colocándome en una posición más que presuntuosa. Uno tras otro, todos los milicianos de la celda tuvieron sexo conmigo. Desconozco cuántas veces me habrán violado en estos tres años, pero lo cierto es que me convertí en su esclava sexual, en su prostituta. Perdí la poca dignidad que me quedaba como mujer. De aquellas violaciones nacieron dos de mis hijos: Juwon y Shola. Los milicianos los llamaron Abubakar (como el líder del grupo) y Abdullahi. Después de que cuidara de ellos durante dos años, pasarían a formar parte del grupo de adoctrinamiento de Boko Haram. Jamás pude identificar a sus padres.

Los meses de embarazo fueron una tortura para mí. Las violaciones eran una constante cada dos o tres días, lo cual incrementaba mi dolor a medida que el feto iba creciendo. Ello no impedía que tuviera que realizar trabajos forzados para los milicianos. Hacíamos la comida, lavábamos su ropa... nadie hacía distinciones entre las mujeres embarazadas y las que no. A eso había que sumarle el cuidado de los recién nacidos. Llegué a un nivel de extenuación en el que vomitaba sangre por las noches debido a mis heridas y mi cansancio. Transcurrido un año y pico, enfermé. Las dificultades en el

embarazo y los forzosos trabajos me llevaron a permanecer unos días encerrada en la celda sin poder moverme. Creí, sinceramente, que moriría en aquel lugar. Sola, encerrada en la oscuridad, olvidada por todos y recordada por nadie. Muchas veces, en mis pensamientos, me preguntaba cómo sería la muerte. Supongo que aquella penumbra debe ser lo más parecido a ella.

Desconozco si fue gracias a Dios, a mi fortaleza o al mero hecho de reposar, pero la fiebre que me aquejaba fue menguando y, contra todo pronóstico, me recuperé. Para entonces, ya había comprendido que lo mejor para mí y para mi situación en aquel lugar era ‘abrazar’ el islam. Empecé a aprenderme versículos del Corán y a rezar en dirección a La Meca, aunque en realidad era una mera formalidad. Bajo mi apariencia de conversa seguía habiendo una cristiana convencida. Mi fe fue lo único inalterable en aquel secuestro. De haberla alterado, jamás hubiera podido soportar aquella tortura.

Algo estaba cambiando en el ambiente de la aldea. Los milicianos ya no acudían con tanta frecuencia al zulo y se oían disparos en la superficie. Desde las conversaciones que podía escuchar con dificultad, llegaba el rumor de que los ejércitos de Nigeria y el Chad estaban preparando una ofensiva contra las posiciones de Boko Haram en Borno. Pese a los ataques de los terroristas en Abuja y N’Djamena, la coalición militar de nigerianos y chadianos estaba surgiendo sus frutos. A medida que van pasando los meses, las milicias de Boko Haram se encuentran cada vez más inquietas. Se escuchan mensajes de Abubakar Shekau apelando a la yihad y al irrefutable triunfo del islam, pero las cosas ya no son como antes.

Me lleno de esperanza. En apenas un año, los ejércitos de Nigeria y el Chad están reduciendo a Boko Haram en Borno. Varias zonas, como la selva Sambisa en la frontera con Camerún, ya han sido liberadas. Bama y Gwoza, las bases principales del grupo, han sido recuperadas por el ejército nacional. Las negociaciones internacionales para la liberación de las niñas de Chibok habían comenzado. Los

milicianos estaban accediendo a ello. Mientras tanto, en Irak y Siria, el Estado Islámico está perdiendo sus posesiones en Mosul. Al Raqa, la capital del califato está cerca de caer. Los ataques se siguen sucediendo, los combatientes continúan infundiendo terror, pero el pánico se apodera de sus caras. Ya no son meros “soldados de Alá”. El paraíso ya no está tan cercano. Son humanos y miran a la muerte, cara a cara. No hay mujeres con labios rojos y carnosos. No hay verdes bosques frondosos para el gusto y placer de los combatientes. Es una espiral de miedo, de oscuridad, de crudeza. Es la muerte en su esencia la que clava sus ojos sobre ellos. El Corán ya no los protege. La yihad ya no los salvará de los infieles.

Sin embargo, las tropas nacionales no aparecen. Pese a que su llegada parece inminente, los días pasan sin que ocurra absolutamente nada. Lavo la ropa, hago la comida, pienso en mi familia, pero la desesperación y el paso del tiempo están acabando conmigo. Quiero rezar, quiero mantenerme fuerte, pero empiezo a pensar que me has abandonado como a Cristo en su crucifixión. Los milicianos están ejecutando gente cada día ante la amenaza nacional. Tengo miedo de ser la siguiente. No sé si moriré ahogada, quemada o, al igual que tu Hijo, crucificada. Estos hombres son capaces de la peor atrocidad. Me cuesta comprender que no haya nadie capaz de percatarse de esto. Estoy segura de que, el día que el mundo contemple las matanzas que aquí se cometen, no tardará en reaccionar. Nadie puede permanecer indiferente ante esto. Nadie.

Un momento. Un enorme estruendo suena por la superficie. Parecen tanques y cañones. No, no son milicianos. ¿El Ejército? ¡Es el Ejército! Los combatientes de Boko Haram son inferiores y parecen estar en desventaja. Trato de gritar para que alguien me escuche, pero empiezo a dudar de si es buena idea. Muchos de los soldados yihadistas se estarán atrincherando con sus rehenes. Temo ser yo uno de ellos. Suena un portazo en el zulo. Oigo mucho revuelo. Aparecen varios soldados, su gorro azul me dice que no son de Boko Haram. Sí, es el Ejército. ¡Vienen a salvarnos! Me gritan despavoridos. Me piden que

huya antes de que sea demasiado tarde. Los milicianos están cogiendo todos sus rehenes para resistir. Algunos de los niños se están inmolando. Niñas incluso. Temo que sea Sam.

Salgo a la superficie tras mucho tiempo después. La luz del sol me ciega, pero no tengo tiempo que perder. Corro por toda la aldea en busca de un camino por el que huir. Pero, de frente, me encuentro con un niño de unos diez años apuntándome con su AK-47. Viste el uniforme de los combatientes de Boko Haram. Pienso en buscar una salida, pero no puedo. He reconocido su rostro. Es él. Es Sam. Sus ojos se postran en los míos como si no existiera nada más en la Tierra. Mantiene su kalashnikov recto, perpendicular a mí. No deja de apuntarme, siento que he perdido. Mi niño, mi hijo, absorbido por esta secta de asesinos. Pierdo mi fe. No quiero luchar más. Me arrodillo. Abro los brazos. Agacho la cabeza. Espero un disparo que acabe con esta agonía. Espero. Espero. Espero... pero ese disparo nunca llega. Ya no sé si es que he perdido la noción del tiempo definitivamente o que la agonía de la muerte se hace eterna. Pero sigo viva.

Noto que el arma cae al suelo. Trato de levantar la cabeza y veo a Sam corriendo hacia mí. No puedo creerlo. Fue el abrazo más corto e intenso de mi vida. Nunca un instante tan efímero fue tan eterno. Quiero derramar alguna lágrima y esbozar una sonrisa, pero las circunstancias no lo permiten. Corremos todo lo que podemos hasta salir del poblado, pues cualquier disparo, cualquier bomba, podía reducir a ceniza todo lo que había vivido en aquel momento. Buscamos un lugar seguro para esperar el paso de la tempestad, cuando vemos salir a las tropas de aquel devastado poblado. Las tropas nacionales han ganado. Entonces sí, es hora de llorar.

Somos trasladados a la frontera con el Chad. Nos cuentan que en Magui hay un campo de refugiados en el que permaneceremos mientras dure el conflicto con Boko Haram. Pienso en todo lo que he sufrido para reencontrarme con mi hijo y salir de ese cautiverio. Pero los problemas están lejos de solucionarse. A orillas del Lago Chad se encuentra una

de las regiones más pobres del planeta. Millones de desplazados nos concentramos en esta región huyendo de la guerra. Algunos vienen desde la región de Darfur, en Sudán, donde los combates entre los yanyauid árabes (apoyados por el gobierno) y los pueblos de raza negra duran desde el año 2003. Otros lo hacen desde Sudán del Sur (en guerra civil desde 2011) o desde la República Democrática del Congo, a raíz de la Segunda Guerra Congoleña.

Miles de historias, miles de vidas, miles de traumas se concentran allí, en Magui. Su aspecto es desolador. Nada más que el desierto rodea aquel inhóspito lugar. Cabras, chabolas y niñas con esterillas rodeadas en la cabeza dan un aspecto de dinamismo al hogar de la desesperanza. Pronto me doy cuenta, al llegar a allí, que la vida en el desierto chadiano no será nada asequible. No hay acceso a la agricultura y la pesca, por lo que dependemos exclusivamente de la ayuda humanitaria. Las infraestructuras son pésimas y las dificultades de los médicos para llegar hasta el campo y poder trabajar son tremendas. El hambre y la sed se apoderan cada vez más del espíritu de la gente y la seguridad, pese a que los terroristas llevan años sin atentar aquí, no está completamente asegurada.

Han pasado ya varias semanas desde que llegamos al campo de refugiados de Magui. No sé nada de mi esposo Bitrus. Temo que haya sido capturado por los yihadistas. He preguntado por el campo si habían visto alguien de su aspecto, pero su descripción no ha dado los resultados deseados. Sigo aquí, sola, manteniendo a mi único hijo con vida. Nada sé de Juwon y Shola. Pese a que, probablemente, jamás los encuentre ni me reconozcan, pienso en ellos de forma constante. Me pregunto cómo un ser humano puede ser capaz de arruinar la vida de un niño hipotecándolo a vivir bajo los preceptos de una doctrina, de un ideal. Los niños no odian, no disparan, no matan. Ellos no tienen la culpa. Lo comprobé cuando Sam me apuntó con su kalashnikov y me

miró a los ojos. Para un niño, su única religión es la felicidad. Porque son solo eso: niños.

¿Qué habrá sido de ellos? ¿Seguirán con vida, se habrán inmolado en algún atentado suicida? Me estremece que he podido criar bajo mis brazos a un ser tan salvaje como indefenso. Somos tan fuertes y frágiles, tan imprescindibles para algunos y tan prescindibles para otros... Por eso, pese a la tenacidad que me aporta la fe, no puedo evitar venirme abajo al contemplar las estrellas en las gélidas noches del desierto del Chad. Hacía tanto que no contemplaba un anochecer tan hermoso. Me vienen recuerdos de mi feliz infancia en Nigeria. Qué poco teníamos y con qué poco nos conformábamos. Un amanecer, una puesta de sol, un trozo de pan para comer. Sí, en la sencillez se encuentra la esencia de la vida. Y aunque el desamparo quiera apoderarse de mi espíritu, en el cielo siempre brillarán las estrellas. Nadie las podrá apagar. Eso me llena de fuerza.

Durante nuestra estancia en Magui, he conocido a Soline. Ella no es una mujer cualquiera. A diferencia de la gran mayoría de las personas que estábamos allí, Soline no estaba en el campo como refugiada. Ni siquiera era nigeriana, chadiana, sudanesa o congoleña. Nació y se crió en Burundi, en una aldea cercana a Buyumbura, la capital. Su vida en aquel diminuto país fue de todo menos fácil. Soline creció viendo cómo su padre golpeaba a su madre y abusaba de sus hermanas cada día. Algunas de ellas acudían a los conflictos bélicos como armas de guerra en sí mismas. Sin embargo, la madre de Soline jamás abandonó el hogar. Soportó todos los golpes y crió a sus siete hijas con lo que pudo, hasta que murió enferma cuando Soline apenas tenía doce años.

Sin su madre, su tía quedó a cargo de ella y sus hermanas. Ante los excesos del padre de Soline, la tía Hawa tomó una decisión tan arriesgada como necesaria: huir. En plena noche, sin que el padre de Soline las pudiera ver, cargaron con todo lo que tenían y partieron hacia Kenia. Allí, en Dadaab, permanecieron durante un tiempo como refugiadas de la Guerra Civil de Burundi, hasta que Hawa y sus sobrinas

emprendieron el camino más difícil: dar el salto a Europa. La miseria y el exceso de gente en el campo de refugiados keniatá provocaron que se lanzaran a la aventura. Los riesgos eran evidentes. Primero, el viaje en caravanas hasta Libia ya constituía en sí una odisea. Pero al llegar a la costa libia, Soline y sus hermanas cayeron en manos de la mafia. Hawa pagó con todo lo que tenía para embarcar. Solo tres hermanas podrían hacerlo. Soline fue una de ellas. La tía y el resto de las chicas quedaron encerradas en los barracones. Fueron violadas, maltratadas y utilizadas como mercancía.

Soline, por el contrario, comenzaba su viaje hacia la muerte. Una semana de tortura surcando las temibles aguas del Mediterráneo sobre una patera. El frío, el hambre y la soledad estuvieron a punto de acabar con su vida. La falta de alimentos y el exceso de gente en la embarcación hinchable provocaron que decenas de inmigrante murieran en el intento. Sus cuerpos, lejos de ser arrojados al mar, servían como alimento para el resto de la tripulación. Con ello tuvieron que sobrevivir Soline y sus dos hermanas, Aisha y Pauline, hasta llegar a Lampedusa. Muchos fueron deportados, entre ellas Pauline. Pero Soline llegó, sana y salva. Una nueva vida se iniciaba a sus pies.

Su relato me estremeció, pero a medida que iba avanzando en él, me convencía cada vez más de que aquella era la única salida. Dios había estado de mi parte al sacarme de las garras de Boko Haram. ¿Por qué no iba a hacerlo una vez más? No podía dejar de creer. Ese nuevo mundo llamado Europa podía acabar con un suplicio duraba ya casi tres años. Soline siguió contándome aquella historia que cambiaría por siempre mi día a día. Una vez llegada a Lampedusa, se formó en Italia, estudió psicología y terminó asentándose en Londres, donde se convirtió en una activista feminista. Ahora, acudía a los campos de refugiados africanos para dar apoyo y asistencia psicológica a aquellas mujeres que habían sido violadas o maltratadas en el desarrollo de cualquier guerra en África.

Soline y yo logramos entablar una gran amistad. Fue ella quien me persuadió para dar tan difícil paso. Cada día que pasaba, la situación en el campo de refugiados se volvía más compleja. El número de personas se incrementaba, los alimentos escaseaban y la asistencia sanitaria era cada vez más complicada, por lo que la extensión de hambrunas y la falta de higiene generaban epidemias que masacraban por completo a la población asentada en Magui. Además, el rumor de una posible irrupción de Boko Haram en el campo atemorizaba a todos, pues la presencia de soldados de la ONU era cada vez menor y ni el gobierno de Nigeria ni del Chad podían mantener el estado de excepción durante mucho tiempo más.

No quedaba otro remedio: si queríamos sobrevivir, había que partir. Sin embargo, un pensamiento me echó para atrás. ¿Cómo iba a salir del continente sin Bitrus? La ausencia de mi marido pesaba más que ninguna otra cosa en mi mente. No podía marchar sin él. Su presencia era necesaria para emprender este viaje, pues el poco dinero del que disponíamos lo ganaba a raíz de su trabajo. Tenía que volver a la aldea. Pero ¿y si no estaba allí? No podía arriesgarme a ser capturada de nuevo. En su lugar, Soline iría en su búsqueda. Iríamos en caravana hasta Zuwara, a 50 kilómetros de Túnez. Allí esperaríamos la llegada de Bitrus y Soline.

El viaje a Libia no fue sencillo. Pese a que la situación con Boko Haram tenía su epicentro en Nigeria, Chad no era un país exento de problemas. Desde 2005, los chadianos se encontraban en guerra con Sudán, lo que también ha contribuido a generar divisiones entre la propia población del Chad. Es decir, que nuestra seguridad no estaba ni mucho menos garantizada. Fuimos asaltados por las tropas chadianas a la altura de Abeche, cerca de la frontera con Sudán. Una vez que acreditamos nuestra nacionalidad, pudimos proseguir sin mayores dificultades.

El panorama de Libia no era mucho más alentador. La Primavera Árabe de 2011 había traído consigo el derrocamiento del extravagante dictador Muamar El Gadafi. Sin embargo, desde su muerte, la inestabilidad en territorio libio es una constante. El vacío de poder es absoluto y, en ese contexto, las milicias yihadistas y las mafias que trafican con personas en las costas del Mediterráneo campan a sus anchas. Puesto que Soline no tenía dinero suficiente para trasladarnos a todos en un viaje de avión, solo quedaba esperar en Zuwara y encomendarnos a nuestra suerte. Dios estaría de nuestro lado, me decía. Pero ni siquiera estaba seguro de si volvería a ver a Bitrus.

Contra todo pronóstico, así fue. Soline había conseguido llegar (no sin dificultades) a la aldea. Allí estaba él, mi marido. Solitario, nostálgico, recordando a una familia que creía haber perdido. Pero no. El destino quería vernos juntos de nuevo. Lo vi llegar a pie junto a Soline. Bajo las costas que bañan la orilla libia, lo abracé con todas mis fuerzas. Y lloré. Lloré desconsoladamente por estar juntos de nuevo. Me contó que consiguió huir de la matanza de Kangarwa y esconderse en las cercanías de la ciudad. Solo cuando se inició la decadencia del grupo y las tropas nacionales liberaron el territorio, Bitrus pudo regresar a su hogar. En ese tiempo, dedicó todo su esfuerzo a sus cultivos y a la venta de fruta en el mercado. La necesidad de satisfacer a la población con productos de primera necesidad había permitido a Bitrus conseguir el dinero suficiente para emprender el viaje hacia Europa. Todo estaba predestinado. El Viejo Continente esperaba.

Pero no. Son ya varios los meses que llevamos retenidos en Zuwara y nadie nos dice nada. No sabemos cuándo volveremos a partir. La gente grita, se desespera, la azotan e, incluso, la violan. No tengo miedo ante ello. Nada de lo que presencien mis ojos será más horrendo que lo que viví en mi cautiverio con Boko Haram. Sí, hay niños difuntos a orillas de la costa. Sam contempla desconsolado, cuando un día fue uno de ellos. Un miliciano que peleaba en el nombre de Alá. Ningún Dios misericordioso permitiría semejantes atrocidades. No. Tampoco en nombre del islam.

Después de meses aprisionados y arruinados, vemos la luz en el alba. Un hombre de aspecto descuidado, feúcho y menudo, nos sube a Sam y a mí en la barca. Se trata de una lancha de plástico, pues los precios de los buques pesqueros resultaban inaccesibles. De pronto, giramos la cabeza. ¿Dónde está papá? Se preguntaba. La Policía lo había detenido en la subida a bordo. Algo en su documentación no debía estar bien. Una voz susurraba una escueta frase: “no quiere pasar la droga”. Las fuerzas de seguridad lo detuvieron por posesión de estas sustancias, pero más bien, su castigo era por todo lo contrario. Bitrus se negó a traficar con productos ilegales. No quería poner nuestra vida en riesgo al llegar a Europa. Fue arrestado y, después, ejecutado. Nuestros gritos desesperados se perdieron por el horizonte.

Sin Bitrus, la travesía se convertía en una visita al infierno. No hubo ni rastro de aquellos guardacostas europeos que se encargan de perseguir a las mafias. Los jefes políticos y militares campaban a sus anchas sin nadie que los frenara. Ni rastro de la sonada Operación Sophia que debía poner fin a la trata de personas en el Mediterráneo. Nuestros gritos y el rechazo a ser los líderes de la embarcación nos impidió portar un chaleco salvavidas.

Han pasado dos semanas. Dos semanas de sudor, de calvario, de penurias, de tristeza. Durante el trayecto hemos visto de todo: muertos arrojados al mar, tormentas que amenazaban con hundir la embarcación, el canibalismo como forma de alimentarse... La comida brillaba por su ausencia y el dolor de tanta pobreza calaba en el corazón de la gente. Me llamó la atención especialmente la figura de Vincent. Su silencio y su actitud orante hacia el cielo me identificaron con mi cautiverio en Nigeria. Me contó que había dejado atrás a su mujer y a su hija, pero que guardaba la esperanza de llegar a Europa y brindarle a su familia un futuro mejor. Los testimonios eran desgarradores. La experiencia, conmovedora. Hasta que llegamos a Lampedusa.

Estamos aquí. Vemos la orilla. Un barco de Médicos Sin Fronteras acude a nuestro auxilio. Estamos en Lampedusa, sí. ¡Lampedusa! ¡Europa! El sueño por el que un día partimos se hacía realidad. Daba gracias a Dios y a Soline por esta oportunidad. Los miembros de la ONG nos atienden extremadamente bien. Probablemente, como nunca lo habían hecho. Con sangre, sudor y muchas lágrimas, subimos al barco de rescate. Pisamos costa italiana al fin. Pocos somos en comparación a los que empezamos esta aventura. Solo los elegidos la culminan. El Padre quiso que yo estuviera entre ellas.

Ya estamos en Lampedusa. El sueño europeo es realidad. De repente, otro buque imponente se acerca hacia la costa. Justo cuando vamos a desembarcar, miembros de Médicos Sin Fronteras y la patrulla debaten. Sí, son los blancos europeos de los que tanto hablaban. Esperamos ansiosos el momento de desembarcar, pero todo se retrasa. De pronto, el barco de la patrulla ata nuestra lancha a un extremo del barco y da media vuelta. La costa se vuelve a alejar. Los confusos esperan una respuesta, los desesperados se tiran al agua en busca de la orilla. Ante el desmadre, los policías italianos empiezan a reprimir a la tripulación. Sí, los europeos, los blancos, los católicos. Aquellos que habían venido a salvarnos nos estaban ahora deportando.

Volvemos a Libia. Allí nos detienen y nos agrupan. Los pocos supervivientes somos agrupados en una especie de campo de concentración. Trato de contactar con Soline, pero no la encuentro. Busco comprender por qué nos han devuelto a Libia, pero no encuentro respuesta. Látigos, bofetadas, abusos, violaciones. La cruda realidad vuelve a postrarse sobre mí. Ahora vivimos como mercancías que no valen nada. Ya nadie susurra nuestro nombre. Ya nadie se acuerda de nosotros. ¿Alguien lo hizo realmente? Me doy cuenta de que, todo lo vivido, todo lo prometido, no era más que una mentira. Los hombres buenos, los garantes de la libertad y de la democracia, nos habían echado de su propio hogar sin una oportunidad. Ni una sola

oportunidad. Nuestro delito quizás haya sido haber nacido. Nuestra peor condena, su indiferencia.

No hay hambre ni dolor que puedan quebrantar mi alma. Sin embargo, me ha invadido la desesperanza. No hay ni rastro de la fe que me alentaba. No hay ni rastro del sueño que anhelaba. Simplemente, no les importamos. Somos presos de un destino que nos llevó a nacer aquí. Desde que existimos, secuestraron nuestra libertad. ¿Y a quién le interesa? Al igual que estas líneas, nuestra presencia se difuminará sin que nadie nos recuerde. Y no, ya nunca más saldrá en sol en nuestras vidas. Tan solo queda tirar de la cuerda para que todo termine. Siempre seremos los grandes olvidados.